

ANGEL M.^a ROJAS, S.J.

tesis
9
J.R.C.

espiritualidad del estudiante

A este libro le siguen en la misma colección:

- 10-11. JOSÉ A. SAYÉS, **Jesucristo Nuestro Señor** (2.^a edición).
12. CÁNDIDO POZO, **La fe**.
13. JOSÉ A. SAYÉS, **El pecado original**.

En preparación:

14. **La gracia. Vivir en Cristo**.

El primer Papa decía a sus cristianos que estuvieran preparados para dar una explicación a todo el que les pidiera razón de su esperanza, de la base que tenían para vivir en esperanza (1 Pe 3,15).

Veinte siglos después Juan Pablo II dice a los jóvenes cristianos de hoy:

«En nombre de Jesús conjuro a los jóvenes, a sus responsables y a los sacerdotes que les consagran lo mejor de su ministerio: no permitáis, por nada del mundo, que en los grupos juveniles falte un estudio serio de la doctrina cristiana. Se expondrían —y el peligro, por desgracia, se ha verificado ya muchas veces— a decepcionar a sus miembros y a la Iglesia misma» (Catechesi tradendae 47).

Esas frases formulan el enfoque y el deseo de la colección TESIS: proporcionar a los jóvenes de J.R.C. textos básicos, redactados con claridad y seriedad, útiles para cursillos, círculos de estudio, etc.

Para que nuestros jóvenes no ignoren los fundamentos de nuestra fe, y puedan darla a conocer; a la vez que se preparan para estudios más definitivos cuando éstos les sean posibles.

Para que puedan «dar razón de nuestra esperanza».



225

ANGEL M.ª ROJAS, S.J.

ESPIRITUALIDAD DEL ESTUDIANTE

Con técnicas de estudio

2.ª edición, corregida

1990
EDITORIAL EDAPOR
MADRID

tesis 9 J.R.C.

Con las debidas licencias

© Editorial EDAPOR
Núñez de Balboa, 115 - 1.º E - 28006 MADRID
ISBN: 84-85662-33-4
Depósito legal: M. 35.190-1984
Printed in Spain - Impreso en España
Imprime: Gráficas Don Bosco
Arganda del Rey (Madrid)

PROLOGO A LA 2.ª EDICION

LLEVO bastantes años tratando con jóvenes. He comprobado que uno de sus principales caballos de batalla es el estudio. Generalmente estudian de forma desorganizada, pierden el tiempo, se angustian ante los exámenes, desaprovechan muchas energías. Y, lo que es peor, no saben encajar su estudio o trabajo en el conjunto de su vida.

Se hallan en la edad de construir su personalidad. Pero están perdidos en medio de una auténtica selva de problemas de afectividad, carácter, trato social, preocupación por el futuro... Están desarmados ante la vida. No tienen recursos, tácticas, objetivos, metas. Por eso pasan con excesiva facilidad de la ilusión utópica a la depresión, apatía y desánimo.

Sin embargo, es la edad decisiva. El momento de poner los cimientos para su futuro. Como en la primavera se juega la cosecha del año, en la juventud se decide el enfoque de toda una vida. Por eso la juventud necesita una atención, cariño y cuidado especiales.

Son éstos algunos de los motivos que me han impulsado a trabajar con jóvenes. Y, en concreto, a dirigir varios cursillos sobre Técnicas de trabajo intelectual.

En ellos he pretendido ayudarles a estudiar con método y eficacia, pero también a integrar su estudio en el conjunto de un carácter equilibrado y armónico, en el que encuentren su debido puesto y desarrollo todos los valores de una personalidad sana: espirituales, intelectuales, físicos, culturales, sociales, etcétera.

Los resultados han sido satisfactorios, pues afirman que no sólo ha mejorado sensiblemente el promedio de sus calificaciones académicas, sino que les ha ayudado a centrarse más en sus dimensiones espirituales y humanas.

Cuando me pidieron que publicara estas páginas dudé, pues hay buenos libros sobre técnicas de estudio. Pero me decidí al comprobar que hay muy poco escrito sobre el estudio dentro de la formación integral de la personalidad, y menos aún sobre su dimensión cristiana.

No he querido hacer un trabajo teórico. Pretendo algo más práctico: un rendimiento más eficaz en el estudio y, sobre todo, ayudar al desarrollo integral de la personalidad humana desde el prisma de la madurez cristiana.

La experiencia de la 1.ª edición enseña que lo mejor no es leerlo de un tirón, sino hacer lo siguiente:

1.º) leerlo despacio, por capítulos, reflexionando, asimilando. Algunos lectores, tras la asimilación personal, lo ponen en común, en grupo, con otros compañeros, para sacar más provecho. Algunos padres lo estudian juntamente con sus hijos;

2.º) ponerlo en práctica;

3.º) no dejar que se empolve en una estantería, tras haberlo leído la primera vez, sino repasarlo de vez en cuando, confrontando metas conseguidas y objetivos por alcanzar.

Haciéndolo así se logrará, como otros lo han conseguido, mejorar el rendimiento en los estudios y, sobre todo, desarrollar la personalidad en sus dimensiones espirituales y humanas.

Consagramos a la Virgen esta nueva edición. Ella colaboró con Dios para realizar la obra más grande de la historia: la encarnación y la redención.

En María, Madre de la eterna Sabiduría, encontramos al que es Verdad, Luz, Vida y Meta de todos nuestros estudios y afanes. Fuera de El sólo hallaremos verdades parciales.

Por medio de la Virgen, «Sede de la Sabiduría» y «Madre del Buen Consejo», alcanzaremos la plenitud total en Cristo.

ANGEL M.ª ROJAS, S.J.

Burgos, 25 de marzo de 1990,

Fiesta de la Anunciación de Nuestra Señora

PARTE I.ª

FORMACION DE LA PERSONALIDAD

CAPITULO PRIMERO

EL ESTUDIO EN LA FORMACION DE LA PERSONALIDAD

Dos graves errores

1.º: «Uno de los más graves errores de nuestra época» es «el divorcio entre la fe y la vida diaria», dice el Concilio Vaticano II (GS 43). Poner por un lado la vida de piedad (Misa, oración, Ejercicios espirituales...), y por otro la vida «profana» (estudio, descanso, etc.), tiene repercusiones espirituales y psicológicas.

En la vida diaria de muchos estudiantes ocurre una disociación más grave aún, pues la dividen en múltiples compartimentos estancos: «estudio» - «familia» - «Religión» - «deporte» - «diversiones», etc. Su atención se desperdiga desorganizadamente, atendiendo mal a cada una de estas facetas, disminuyendo su rendimiento, aumentando su tensión interna y rompiendo la unidad de la persona.

2.º: Son muchos —demasiados— los que caen en la tentación o trampa de tener como meta suprema el éxito en el terreno académico. «Lo más importante son los estudios», dicen. Y no pueden hacer oración, deporte, etc., porque «tienen que estudiar». Orientan sus fuerzas a la acumulación memorística de datos, a un pasar exámenes más o menos brillantemente y coleccionar títulos o diplomas.

Ambos son errores gravísimos, y de consecuencias in-

calculables: el joven es mucho más que una máquina de pensar, que un almacén de conocimientos o que una computadora electrónica. Es una persona, única, irrepetible, de valor transcendente, con un alma inmortal y con múltiples facetas —tanto o más importantes que el estudio— a las que hay que atender.

Formación integral de la personalidad

No basta con *informarse*, mediante el acopio de datos intelectuales: se trata de *formarse* íntegramente, como persona. Todos los seres del universo se limitan a recibir el ser; el hombre es el único que, tras esto, se forma y modela a sí mismo. Evidentemente, hay Asignaturas muy interesantes y útiles, como la Física (aunque pronto se queda superada por nuevos descubrimientos), Lenguas (aunque quedan cientos por aprender), etc., etc. Pero la formación no consiste en conseguir cabezas muy llenas, sino bien hechas. No es culto ni se considera formado quien ha almacenado muchos datos, sino «quien posee una estructura personal, un conjunto de esquemas ideales movibles que, apoyados unos en otros, construyen la unidad de un estilo y sirven para la intuición, el pensamiento, la concepción, la valoración y el tratamiento del mundo y de cualesquiera cosas contingentes; esos esquemas anteceden a todas las experiencias contingentes, las elaboran en unidad y las articulan en todo el mundo personal» (MAX SHELER: *El saber y la cultura*).

Es claro que hay que cultivar la inteligencia, pero faltan en nuestros Programas de Estudios «asignaturas» mucho más importantes, como: desarrollo de la responsabilidad, fuerza de voluntad, formación de la conciencia moral, afectividad, carácter, sensibilidad artística, libertad, estética, constancia, compañerismo, lealtad, nobleza, aprender a pensar, sentir, dominarse, tener ideales,

superarse, amar y —evidentemente— vida sobrenatural. Para ser «hombre» hay que atender a todas estas facetas y a cada una de ellas, de manera que alcancen equilibrio y plenitud en el centro unificador de la persona.

Formación no consiste sólo en buscar y almacenar «verdades», generalmente sueltas e inconexas. Formación es aspirar a «la Verdad», que forma unidad con la Belleza y el Bien. Y no sólo conocerla con el pensamiento, sino gustarla, asimilarla y hacerla vida.

«Cada hombre debe procurar la cultura integral, que tienda al desarrollo completo de la personalidad humana, en la que destaquen los valores de la inteligencia, voluntad, conciencia y fraternidad, todos los cuales se basan en Dios Creador, y han sido sanados y maravillosamente elevados en Cristo» (GS 61).

En un cuerpo sano existen diversos sistemas: circulatorio, nervioso, respiratorio, muscular, digestivo, óseo, etc. Todos y cada uno deben funcionar de manera conjunta y armónica, bajo peligro de enfermedad y aun de muerte. De igual modo es necesario atender a la formación del hombre en *todos* los aspectos anteriormente indicados, con una correcta jerarquía de valores. Entonces se conseguirá la formación de una personalidad equilibrada, de sano humanismo y de plenitud cristiana.

Además, todos estos valores se relacionan estrechamente entre sí, de modo que el avance en uno de ellos repercute positivamente en todo el conjunto, y viceversa.

Por ejemplo, un carácter alegre y optimista influye en un mayor rendimiento intelectual, en tener más y mejores amistades, en la buena marcha espiritual (santa Teresa decía que «un santo triste es un triste santo», y san Francisco de Asís que la tristeza es la peor tentación para el alma), y hasta —está demostrado estadísticamente— en una mejor salud. Quien lleva una vida espiritual pujante y sana estudia más, es más alegre, obedece mejor, domi-

na sus pasiones, tiene mayores ideales, sabe superarse, está abierto a la comprensión y amistad..., ¡y cuenta con la ayuda de Dios!: «Buscad primero el Reino de Dios y la santidad, y todo lo demás se os dará por añadidura» (Mt 6,33).

En cambio, si estos valores no están suficientemente desarrollados o integrados se produce una «*Patología de la Personalidad*». Es una enfermedad grave, que muchos se esfuerzan por conseguir. ¿En qué consiste? En terreno médico, es un caso patológico tener unos pulmones muy grandes, pero un corazón diminuto; o unos pies enormes con una cabeza enana, pues el desarrollo físico deber ser uniforme y orgánico. En la personalidad humana hay deformidad y atrofia, de muy graves consecuencias, cuando se desarrolla mucho un valor, olvidando otros.

Parafraseando el texto de Jesús: «¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma?» (Mt 16,26), podríamos decir: ¿De qué sirve tener muchos conocimientos intelectuales y muchas carreras, si es a costa de la salud física (por lo que no se podrán ejercer ni gozar debidamente); si es a costa de falta de carácter; si es a costa de tener pocos o malos amigos; si es a costa de la conciencia moral, de otros ideales más altos y, sobre todo, si es a costa de haber relegado a Dios? ¿Desde cuándo saber la lista de los reyes godos o el álgebra garantizan la felicidad en esta vida o en la otra?

Es endémica la cerril obstinación de tantos estudiantes (y la miopía de sus familiares) que se reducen a buscar conocimientos intelectuales, con atrofia de las restantes dimensiones humanas. Buscan «*tener* conocimientos», olvidando que primero deben «*ser* personas». Ya hace más de veinte siglos, Epicteto escribía: «No digas que eres superior a mí, porque tienes más dinero que yo. ¿Acaso eres tú tu riqueza?». Un sano humanismo cristiano renuncia a un programa de vida centrado en el «*tener*» (conocimien-

tos, dinero, diversiones, etc.), para aceptar un programa centrado en el valor de la persona: en el «*ser*» hombre y cristiano, con toda la transcendencia que esto encierra.

CAPITULO SEGUNDO

DIMENSIONES DE LA PERSONALIDAD

La plena personalidad humana no se posee por nacimiento: hay que hacerla. Consiste en la consecución y armónica integración, en equilibrada jerarquía de valores, de cinco dimensiones:

- A) Espiritual
- B) Laboral
- C) Psicológica
- D) Física
- E) Ambiental

En la medida en que se consigue, dada la mutua interrelación de estos valores, influirán más y mejor en que el mismo rendimiento del estudio sea mayor. Pensamos con toda nuestra persona, y no sólo con el entendimiento. El estudiante no es una máquina, sino un «hombre». Más que la mera acumulación de conocimientos, debe buscar «hacerse» como hombre.

A) *ESPIRITU:*

Sentido de la existencia humana

La razón y la Revelación nos dicen que hemos sido hechos por Dios y para Dios. La vida en la Tierra no es un valor absoluto y definitivo, sino relativo y pasajero. La única vida auténtica y eterna es la que comienza al terminarse ésta. En este planeta estamos sólo para preparar la vida futura y definitiva: Cielo o Infierno.

Meditemos lo que dicen sobre esto tres testimonios autorizados:

1) En primer lugar la Palabra de Dios: «Dios nos ha elegido en Cristo antes de la creación del mundo, para ser santos e inmaculados en su presencia, en el amor; eligiéndonos de antemano para ser sus hijos adoptivos por medio de Jesucristo» (Ef 1,14).

2) San Ignacio de Loyola, en el comienzo de los Ejercicios Espirituales: «El hombre es creado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios Nuestro Señor; y mediante esto salvar su alma. Y las otras cosas sobre la faz de la tierra son creadas para el hombre, y para que le ayuden a conseguir el fin para el que es creado. De donde se sigue que el hombre tanto ha de usar de ellas cuanto le ayuden para su fin, y tanto debe privarse de ellas cuanto para ello le impidan» (*Ejercicios Espirituales*, 23).

3) Juan Pablo II, dirigiéndose a universitarios (5-IV-1979):

«A la luz del Evangelio nuestra vida adquiere una dimensión nueva. Adquiere su sentido definitivo. Por eso la vida misma se manifiesta como un tránsito. Esta vida no es un todo que se cierre de modo definitivo entre la fecha del nacimiento y la de la muerte. Está abierta hacia su último acabamiento en Dios. Cristo es quien ha realizado una inversión fundamental en el modo de entender la vida. Ha mostrado que la vida es un tránsito no sólo hacia la muerte, sino hacia una nueva vida.

Una cosa es segura: esa concepción de la vida no permite encerrar al hombre en las cosas temporales, no permite subordinarlo completamente a ellas. La vida es una prueba. El hombre ha sido creado para la prueba, y llamado a ella desde el principio. Es ésta la prueba del pensamiento, del «corazón» y de la voluntad, la prueba de la verdad y del amor.

Cristo confirma este significado de la vida. Se trata de la gran prueba del hombre. Precisamente por esto tiene sentido para el hombre. No tiene sentido si se dice que el hombre en la vida debe únicamente aprovecharse, usar, tomar... Cristo es el mayor realista de la historia del hombre. Y nos enseña que la vida humana tiene sentido en cuanto testimonio de la verdad y del amor».

Con otras palabras, la estancia en la Tierra es una oferta:

«¿Quieres ser hijo de Dios y gozar de El toda la eternidad? ¿Quieres alcanzar la plenitud definitiva y total de tus anhelos de verdad, de luz, de felicidad, de amor,... de Dios?».

A esta oferta respondemos, no tanto con palabras vacías, sino con las obras, con toda nuestra vida. Para eso es nuestra existencia en la Tierra. Sólo para eso: para comenzar a amar a Dios con toda el alma, con todo el ser, con todas las fuerzas (Deut 6,5).

Quienes sólo aspiran a estudiar, a conseguir dinero o a divertirse y gozar de la vida, han equivocado radicalmente su existencia. Caen en una forma de idolatría: adoran en la práctica al estudio, dinero, placer..., convirtiendo en fin lo que es medio. Los capítulos 2-5 del Libro bíblico de la Sabiduría lo exponen con claridad.

También es clara y realista la poesía popular:

«La ciencia más consumada es que el hombre bien acabe, porque, al fin de la jornada, aquel que se salva, sabe, y el que no, no sabe nada».

La fe, al descubrir el sentido de la existencia, manifiesta también la auténtica dignidad del hombre, su proyección trascendente: «El misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. La vocación

suprema del hombre es una sola: la divina. Este es el gran misterio del hombre, que la Revelación cristiana ilumina a los fieles» (GS 22).

La fe origina un «Humanismo Cristiano» en el que el hombre queda elevado a una dignidad que ningún filósofo ni pensador hayan podido imaginar. ¡Sólo un Dios-Amor ha podido destinarnos al gozo eterno, a participar en su misma Vida divina, a ser hijos adoptivos del Padre, hermanos de Jesucristo! El hombre queda invitado a participar de la sobre-naturaleza divina que, no sólo supera infinitamente a toda la creación material, sino que la corona y da sentido.

Aplicaciones prácticas

1.^a: Primacía de lo espiritual

Desde la fe se capta la preferencia de los valores del espíritu, la prioridad de la ética sobre la técnica, de la persona sobre las cosas, del espíritu sobre la materia. (Cfr. JUAN PABLO II: *Discurso en la UNESCO*, París, 2-VI-1980). El auténtico avance no es el meramente técnico o económico, sino el espiritual y moral. Un humanismo que prescindiera de esta fe sería «un humanismo inhumano» (J. MARITAIN: *L'Humanisme intégral*). El hombre que no la viva, aunque tenga títulos universitarios, dinero, cultura, etc., es un subdesarrollado.

Considerando que la vida espiritual es el único valor absoluto, que no desaparece tras la muerte (Cfr. Mt 6, 19-21; Lc 12, 15-21), sino que permanece para siempre, se deduce la importancia prioritaria de las actividades específicamente espirituales: Confesión, Eucaristía, Ejercicios Espirituales, oración, lectura espiritual, etc. La atención a nuestra vida espiritual es nuestro primer y principal deber, pedido por el Primer Mandamiento de la Ley de Dios. Sin excepciones.

Aunque lo trataremos más adelante, quiero adelantar que dar la primacía a la vida espiritual no rebaja la eficacia del estudio, sino que, todo lo contrario, influye positivamente en él.

2.^a: Limpieza de corazón

El estudiante que tiene el alma en gracia posee más luz para ver, intuir, comprender: «Los limpios de corazón verán a Dios» (Mt 5,8). Hay connaturalidad entre la limpieza del alma y la comprensión de la verdad. «Pensamos con toda nuestra alma», decía Platón. Y es Juan, el llamado «discípulo virgen», el primero en «intuir» la realidad de la Resurrección ante el lenguaje mudo del sepulcro vacío; el primero en reconocer a Jesús resucitado en el Lago de Galilea.

Sin limpieza interior no hay auténtica sabiduría: más bien hueca erudición o mero acopio de datos. Un corazón sucio por los vicios, enfermo de pasiones, no puede pensar serenamente ni llegar a la Suma Verdad. Por eso la mejor preparación para un buscador de la Verdad es limpiar y purificar su alma, anulando a los principales enemigos del saber: sensualidad, pereza, orgullo, envidia, irritación, soberbia...

Una mente clara requiere pureza interior, entendiendo por «pureza» no sólo el ámbito de la castidad, sino pureza de mente, obras, corazón, de toda la existencia. «Amad la ciencia y amad la pureza, porque de todas las ciencias puede decirse en algún sentido lo que el Espíritu del Señor afirma de la Sabiduría: "No habitará en un cuerpo sometido al pecado" (Sab 1,4). La pureza es el secreto para llegar con más rapidez a la verdad, la luz que aclara los horizontes de la ciencia, la que hace desaparecer las tinieblas de muchos errores» (Pío XI, en 1923).

Un claro ejemplo es la Virgen. Ella, la Inmaculada, la Purísima, recibe en su Corazón y en su seno al que es la Verdad, la Luz, la Vida. No sabía los nombres de los re-

yes sumerios, pero encarnó al Rey de Reyes. No estudió Filosofía, pero fue Madre de la Sabiduría. No conocía la fuerza del átomo ni la electricidad, pero tuvo en su seno a su Creador. Su Corazón limpio, inmaculado, se convirtió en «Sede de la Sabiduría».

3.^a Oración

A través del estudio buscamos verdades. Cada verdad es como un fragmento. Pero la Verdad absoluta y total es una: Dios. Las demás son como huellas, que nos hablan de El:

«Y todos cuantos vagan,
me van de Ti mil gracias refiriendo...»
(S. JUAN DE LA CRUZ, *Cántico*, 7).

Limitarse a verdades parciales, olvidando su centro unificador y último, que es la Verdad Suprema, sería perderse en detalles superficiales, anecdóticos, perdiendo lo esencial. Sólo en Dios está la Verdad; sólo El es la Verdad completa. Albert Einstein escribía: «Deseo saber cómo ha creado Dios el mundo. Yo no estoy interesado en éste u otro fenómeno, ni en el espectro de un elemento químico. Yo quiero conocer el pensamiento de Dios; lo demás son detalles».

Todo estudio debe tender, en último término, a la búsqueda de Dios, a través de sus criaturas, yendo «por lo visible, a lo invisible» (Prefacio de Navidad). Así lo convertimos en plegaria a la verdad, en peregrinación a la Sabiduría, en búsqueda del Amor:

«Buscando mis amores
iré por esos montes y riberas;
ni cogeré las flores,
ni temeré las fieras,
y pasaré los fuertes y fronteras».
(S. JUAN DE LA CRUZ, *Cántico*, 3).

Aunque todo estudio correcto sea búsqueda de Dios, en su momento debe hacer sitio a la relación directa e inmediata con El. De otro modo, las huellas de Dios servirían para alejarnos de El y, limitándonos a ellas, caeríamos en la idolatría que describen el Libro de la Sabiduría (13,1-9) y la Carta a los Romanos (1,18ss).

«No dejes de dedicarte a la oración», decía santo Tomás, pues es abuso e insensatez estudiar sin orar, sin leer la Biblia u otra lectura espiritual, centrándose sólo con miopía en el estudio, perdiendo la perspectiva trascendente. «Pensar que así podrá progresarse, o que de esta forma podrá producirse más, equivaldría a decir que el riachuelo va a fluir más secando la fuente» (SERTILLANGES, *La Vida Intelectual*).

El padre Baltasar Alvarez, confesor de santa Teresa, decía que a los estudiantes había que «persuadirles el ejercicio de la oración como medio para la ciencia, diciendo que no se sabe menos orando que estudiando». Y les pedía que dieran a las cosas espirituales «el mejor lugar, pues las letras sin ellas más impiden que aprovechan. Y de aquí se seguirá que den el mejor tiempo a las cosas espirituales, y las hagan con mucha perfección, y sean las primeras, persuadiéndose que por esto no perderán el acrecentamiento de las letras». Y ciertamente no creo que su dirigida, Doctora de la Iglesia Universal, quedara menguada en sus facultades mentales por seguir sus consejos...

Añadamos que la oración contribuye también al completo progreso personal, al hacernos avanzar en la perfección espiritual y humana: «Más vale un día en tus atrios, Señor, que mil entre pecadores» (Sal 84,11).

Recordemos también la promesa de Jesús: «Pedid y recibiréis» (Mt 7,7ss). Está sobradamente demostrado que Dios ayuda al que ora. «Haz lo que puedas y pide lo que no puedas», decía san Agustín. Son los dos pilares de un

estudio eficaz: poner todo de nuestra parte —sólo entonces la petición de ayuda a Dios tiene garantía— y recurrir a Dios. Ya lo dice el refrán: «A Dios rogando, y con el mazo dando».

Debemos pedir siempre a Dios la luz, sabiduría y ciencia que necesitamos. Salomón le pidió al Señor espíritu de sabiduría y de inteligencia, y esta petición le agradó mucho a Dios (I Re 3,6-9; 2 Cro 1,8-10), que le concedió más cosas. En el capítulo 9 del Libro de la Sabiduría tenemos un texto, inspirado por Dios, para hacer esta petición.

Si la oración debe preceder y acompañar todos nuestros trabajos, es lógico que también al estudio. Santo Tomás y muchos santos e intelectuales oraban antes de estudiar, pidiendo luz a Dios y ofreciéndole el trabajo. De esta forma, además de conseguir la ayuda divina, se da un sentido sobrenatural al estudio, se le confiere un enfoque trascendente, se le pone «corazón». El padre Baltasar Alvarez lo recomendaba: «Les ayudará mucho ofrecer muy a menudo su estudio a nuestro Señor, y nunca comenzararlo sin una oración, hincadas las rodillas».

Una oración, aprobada e indulgenciada por la Iglesia, es la siguiente: «Te rogamos, Señor, que inspires nuestras acciones, y las continúes con tu ayuda, para que todas nuestras oraciones y obras procedan siempre de Ti como de su fuente, y tiendan a Ti como a su fin. Por Cristo nuestro Señor. Amén».

4.^a Ejercicio de virtudes

Escribía un sabio y santo como Tomás de Aquino: «El ejercicio de las virtudes morales, mediante las cuales se dominan las pasiones, influye poderosamente en la adquisición de la ciencia» (*Physic.*, lib. VI).

En efecto, las pasiones son los principales enemigos del saber: la sensualidad debilita y embrutece; el orgullo rechaza la claridad que no sea la mía; la envidia ofusca, de-

